

to que hizo la heroica, aunque por mil motivos desgraciada, campaña de Colombia.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Abril de 1878.

Lorenzita.

I.

El año de 1828 *entró* á estudiar gramática latina, á la clase del profesor D. Justo Andrés del Carpio, un niño de catorce á quince años de edad. Mas que niño hubiérase dicho que era una niña si sus señores padres, en vez de haberlo metido en el clásico mameluco de *porto-mahon*, le hubieran puesto enaguas y polleras; la apariencia femenil no provenía, sin embargo, de la belleza de su rostro, cuyas irregulares facciones lo hacían tirar á feo con cierta fuerza invencible. La debilidad de su sexo se deducía de su aire y movimientos afeminados y de las formas de su cuerpo que desde esa tierna edad ofrecía un desarrollo poco parecido al del hombre que lo fuera en la extensión de la palabra; agréguese á esto el gusto mas decidido por objetos femeniles y es claro que en ese niño había sufrido la naturaleza una equivocación, quedándose indecisa, al tiempo de darle el primer soplo de vida, sobre si ese nuevo ser debía venir al mundo para guerrero ó para nodriza.

Mientras todos los diablillos estudiantes del Nebrija se desayunaban con leche vinagre ó bizcochos con queso, el joven melifluo tomaba orcha-ta ó fresco de piña; y mientras los cuartillos y medios paternos y maternos iban á parar á la pulpería de D. Pascual, en cambio de galletas, huesillos y orejones, los medios de la niña, como lo llamaban los discípulos, iban á manos de la *misturera* en cambio de azahares y claveles.

El niño se llamaba Lorenzito; sus compañeros lo llamaban la niña Lorenzita. Claro es que la *desgraciada niña tenía que ser el objeto de bromas* y de farsas *estudiantiles*.

El latín es lengua á que las mujeres no tienen mucha afición y en esto se parecía también Lorenzito á las mujeres; tres años se calentó los sesos sin poder salir de géneros y pretéritos, quedando siempre de *quiebra-cursos*, y al fin sus padres lo retiraron del aula. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Lorenzito volvió á ser estudiante y, como tal, estuvo en el Colegio de Santo Toribio, en donde hizo tales progresos que recibió los *cuatro grados*, vistió sotana y cargó sombrero de teja.

No es cosa extraña que los años hagan crecer el cuerpo, poco mas ó poco menos; con la diferencia que unos suben hasta una altura elevada, como por ejemplo . . . , y otros se quedan con la cabeza próxima á los pies como el humilde servidor de ustedes.

Lorenzito, no por ser afeminado, ni por estar ordenado de cuatro grados, dejó de crecer y en su cuerpo se dibujaron ciertas formas y estas tomaron ciertos movimientos, que los pichones de obispo llamaban á su sócio la *monigota*. No por vestir hábito talar había renunciado el seminarista á sus delicados gustos: el cuello de mostacillas, los puños de la camisa bordados, con plumilla, los zapatos de hule con hebillita de plata y los pañuelos de hilo para el bolsillo acusaban que el clérigo en ciernes sería con el tiempo el eclesiástico mas pinganilla de su época. Pero la suerte *in-grata* no lo dispuso así; el mónago colgó los hábitos; y aquí hay un paréntesis para todo in-

dividuo que no fuera su íntimo relacionado. Es decir, nadie vió á Lorenzito durante algunos años.

II.

En la esquina que forman las calles de la Concepción y del Puno, trabajaban, en 1840, con ardor varios artesanos, pintores, empapeladores y carpinteros; arreglábase una pulpería de nuevo estilo, pues vidrieras, andamios y estantes estaban pintados al óleo y con los brillantes colores, rojo, verde y amarillo; sobre la puerta principal que dá para la calle de la Concepción, se puso una muestra, obra admirable de un artista peruano, que representaba á Cupido en paños menores, ó, mejor dicho, sin mas paño que una venda, lanzando sus emponzoñados dardos á varias doncellas *castas*. El Cupido era blanco y rubio como un alemán y las doncellas negras como la Reyna de Mozambique. En la otra puerta la muestra tenía esta leyenda: «Baratillo de comestibles, licores, manteca y leña de *Lorenzo B.*»

Abandonados los estudios del latín y de moral, el joven Lorenzito se entregó á las ciencias y á las artes.

Ocupóse de química y de destilación para hacer mistelas de *rosa, canela, vainilla, chocolate, perfecto amor*, etc. y para dilatar los vinos y aguardientes á fin de hacerlos ménos nocivos.

En cuanto á las artes, hizo progresos en el punteo de la guitarra para acompañar con ella las mas tiernas y sentimentales canciones.

Si el exterior de la pulpería daba golpe, la trastienda daba trueno. Aquello no era trastienda de pulpería, sino el retrete de la mas pulcra damisela. Paredes pintadas con alba cal, adornadas en su parte superior con una cenefa al fresco, obra del autor de las muestras; petate de la China, catre de campaña, pero adornado con cortinas de gasa blanca, un hermoso listón y cintas de raso; floreros de barro de Guadalupe, incesantemente provistos de fragantes flores.

La pulpería hacia negocio durante el día, pero la trastienda consumía las ganancias del negocio durante la noche. Varios jóvenes decentes, amigos del negociante, lo honraban nocturnamente con sus visitas; formaban en la trastienda unas francachelas y unas *remoliendas* de hacerse agua la boca; corrían las mistelas fabricadas en la casa por el gazzate de los amigos, como el agua en Matucana ahora dos meses; pasaban por el mismo túnel el pan, queso, aceitunas y plátanos, como si los propietarios de tales conductos hubieran pasado una cuaresma entera á pan y agua; y por último . . . por último, ¡qué diablos! ¡¡quebró el pulpero!!

Otro paréntesis en la vida pública de Lorenzito.

III.

En el oscuro cuarto del traspatio perteneciente á una casa situada en el Callejón de Contradicción, vive un hombre en cuyo cuerpo puede estudiarse un curso de osteología, sin que se escape ni el mas insignificante huesecillo; su cara enjuta y demacrada manifestaba que el individuo á quien esa cara había tocado en lote, estaba padeciendo ó había padecido de alguna tremenda disentería. A tal estado de flacura había llegado ese cuerpo y á tal estado de transparencia esa piel, que la ciencia pensó en sacar provecho del individuo y pensó lo mismo, por su parte, el Honorable ayuntamiento de la capital.

Creyó el Protomedicato que si era posible introducir una vela encendida en el interior de Lo-

renzito podría estudiarse cómodamente la organización de las entrañas sin necesidad de escalpelos; creyó el Honorable Cabildo que si esa introducción era posible, podría aprovecharse al individuo para faro; pero protomedicato y ayuntamiento desistieron de sus proyectos calculando que la luz no era posible por falta de ventiladores, y ahí quedó la cosa.

El que hubiera conocido la trastienda de la pulpería y hubiese visto el lujo *occidental* de la habitación y al propietario de ese establecimiento, con pantalón, chaleco y levita de nanquin de seda, corbata colorada, media de seda, zapato de rostro bajo, siempre con hebillita de plata; peinado con profusión de crespos bien untados con accitillos, pomadas y otros cosméticos; en dos dedos de cada mano anillos de oro, etc., etc., etc.; y entrara después al cuarto donde moraba ese elegante, se hubiera caído de espaldas, si así se lo pedía el gusto. Mientras allá todo era limpio, alegre y fragante, era todo acá puerco, triste y . . . Mientras allá se comía y se bebía mistelas y se cantaba, acá se pujaba, se bebía tisanas y se quejaba. ¡Qué contraste!

Sin embargo, Lorenzito no permanecía ocioso, había cambiado de profesión y entregábase á hacer flores de mano y de briscado, ollitas y jarritos de barro zahumado y algunos otros objetos de esa clase.

IV.

En la noche de Navidad de 1844, la plaza de Lima presentaba ese animado espectáculo propio de aquellos tiempos felices en que no conocíamos ni ferro-carriles, ni luz de gas, ni telégrafos, ni billetes de banco. Una de las mesas que mas llamaban la atención, era la de un elegante, pero pálido sujeto, vestido todo de blanco, desde el zapato de ante hasta el sombrero de paja; solo la corbata y un hermoso clavel sujeto en el ojal del chaquetón eran de color rojo subido. La amabilidad del propietario de esa mesa llegaba á punto de almibar; llamaba á todos los caballeros, *señoritos*; á todas las señoras, *bella dama*; á las señoritas, *mi ángel*; y á los niños, *preciosura*.

Con estos piropos y por la comodidad de los precios la mesa quedó desocupada antes de la una de la mañana y el afortunado comerciante, nuestro Lorenzito, se recojió contento y satisfecho de sus trabajos, aunque algo trabajado por las impertinencias de su ya crónica dolencia.

Como esa industria era solo explotable dos veces al año, como el hambre no guarda los mismos períodos que las pascuas, y como en fin es preciso que el pan sea de cada día, á la industria consabida añadió Lorenzito la de hacer marcas y bordar plumillas, habilidades que hasta entonces no había desplegado ningun individuo del sexo de Cain; pero que en Lorenzito se desarrollaron con una inaudita brillantez. Volvió la boga y con ella volvieron la buena vida, aunque siempre algo amargada por la impertinente dolencia, las cenas, el cuarto elegante; y por segunda vez sucedió lo que tenía que suceder, otra quiebra y, no tanto porque la industria no fuera siempre proficua, sino porque la dolencia arreció hasta convertirse en tormenta.

V.

La plaza de Lima, hasta ahora pocos años, ofrecía por las noches un aspecto alegre, bullicioso y pecaminoso. A ella concurrían todos esas áni-

mas que, como las del limbo, no tienen lugar determinado: muchas de esas ánimas estaban en ayunas á las nueve de la noche, bien que forradas en blancas y olorosas polleras. En uno de los bancos próximos á un puesto de cena, encontrábase una mujer, alta, pálida, envuelta en un pañuelo de colores y teniendo en la mano un pañuelo de hilo que continuamente lleva á la boca.

Acércase á ella un caballero inglés, quien, en el estilo correcto del que no sabe la lengua que habla, la convida á cenar; la dama se empeña en no hablar, el caballero insiste en sus ofrecimientos y al fin la dama acepta por señas.

Digamos quién era ese caballero y despues veremos quien era su dama.

Tomando la calle de Plateros de San Agustín y torciendo para la de Plumereros, la tercera casa era, en la época á que hemos llevado al lector, el establecimiento del primer empresario de ferrocarriles entre Lima y Callao. Ese empresario se llamaba Mister *John Wilson*; pero, como sobre la puerta de su establecimiento había un letrero que decía: *Horses to let*, el público inteligente creía que su nombre era Mister *Horses*.

Este Mister *Horses* era, en aquella noche, el galán de la dama vestida de blanco.

Fuerza es decir, en obsequio á la justicia, que Mister *Wilson* ó Mr. *Horses*, si U. gusta, se manejó como un verdadero *gentleman*, y que la dama comió cuanto le pidió el gusto, habiendo tenido la habilidad de engullir sin descubrirse el rostro, á pesar de las reiteradas exigencias del noble inglés. La dama quiso aplicar el proverbio de *comida acabada amistad deshecha*; pero no era así como lo entendía el súbdito de S. M. B.; al contrario, él pretendía estrechar mas la amistad, y aunque la dama defendía heroicamente su virtud y rechazaba las proposiciones un poco avanzadas y deshonestas de su rubio apasionado, pareció al fin ceder y acompañar á este á su domicilio.

Iba pensando interiormente en la manera de ~~procurar al inglés~~ pero este, que no entendía de partidas de clérigos mulatos, la llevaba del brazo estrechándola de modo que no había escapatoria. Por fin, al llegar ya á la casa, la ninfa se para de firme; el galán insiste en que lo siga, y ella, echándose atrás el pañuelo, deja ver una cabeza casi rapada y una cara escuálida algo afeminada pero no completamente de mujer.

—Caballero, le dice, yo no soy mujer; soy un hombre desgraciado que hace dos días no he echado en mi estómago ni una hilacha; soy enfermizo y no puedo trabajar; por ver si conseguía cenar he tomado este disfraz; U. ha sido bastante generoso para proporcionarme los medios de no morir de inanición, séalo U. para perdonar el chasco que se ha llevado.....

El inglés se quedó como la estatua del Comendador. No dijo una palabra, pero, levantando un garrote que le servía de apoyo, arrojó tal tunda á la supuesta mujer que la echó por tierra medio muerta.

La policía de Lima ha sido siempre de una irreprochable puntualidad para llegar tarde á los sitios en que fuera necesaria su presencia; así fué que, cuando á los gritos de socorro, se acercó al lugar de la tragedia, ya el inglés había desaparecido y su víctima yacía en el suelo sin sentido. Recojido el cuerpo, y no sabiéndose su domicilio, fué conducido al hospital de Santa Ana. No había entonces en esa casa de misericordia hermanas negociantes en asaduras y criadillas, sino una Señora á quien se titulaba la abadesa. Hi-

zo que llevaran el cuerpo á una sala y, al desnudar á la *pobre apaleada*, creyó ver que esta era... Dudó de lo que creía ver, y poniéndose las gafas y acercando la luz, se convenció de que esa mujer no era igual á las demás y que había razones para suponer un extravío de la naturaleza; persona mas entendida que ella en esa materia, la barchilona de la sala, declaró rotundamente que esa mujer era hombre, y á la madrugada fué mandada al hospital de San Andrés.

Nuestros lectores habrán adivinado que ese hombre-mujer era nuestro conocido Lorenzito.

La abundante cena, la mas abundante garroteadura y los achaques de la dolencia crónica, siempre persistente, hicieron bajar á la huesa prematuramente á Lorenzito B... cuyos amigos al darse la funesta nueva se decían: *¡Ya murió la pobre Lorenzita!*

M. A. FUENTES.

Lo que pesa el oro en Oropesa.

Corría el tiempo con la celeridad del velocípedo, allá por los años de 1807, cuando ni se sospechaba la rauda aparición de este instrumento rodante, y la Roma peruana, la opulenta Cuzco, se vanagloriaba de tener apoltronado en el taburete episcopal al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Dr. Don fray José Calixto de Orihuela, quien, en achaques del cumplimiento de su cargo apostólico, era el obispo mas obispo de la cristiandad; era como si dijéramos uno de esos pastores que no trasquilan enteramente á sus ovejas.

El joven y hábil presbítero Dr. D. Antonio Altamirano y Ojeda, desempeñaba á la sazón la Secretaría de su Ilustrísima, y fuerte en su oficio teológico, cooperaba á las mil maravillas al laudable fin de meter en vereda á toda la gente de bonete y de cerquillo.

Cumplido el tiempo prefijado por los cánones para la visita pastoral de la Diócesis, obispo y secretario, cabalgados en sus respectivas mulas, ó, cambiando los frenos, *mulgados* en sus respectivas cabalgaduras, se encaminaron, con toda la pachocha religiosa, á dar cima á su árdua y episcopal tarea.

El solo anuncio de la visita fué suficiente para que cada pueblo preparase los mas valiosos obsequios y las mas primorosas fiestas, en honor del príncipe de la Iglesia cuzqueña.

No entraremos en el pormenor de los presentes brillantes, que por conducto regular, (el de cada uno de los 131 curas) recibía el obispo, ni creemos que ellos fueran el objeto *dorado* de su peregrinación; pero conste que no escasearon los zahumadores, (vulgo braseros) de plata, las esposas, (no divorciadas del diamante ó rubí resplandeciente), ni los yesqueros ó mecheros, (con mecha y todo), frioleras que constituían, sin embargo, la base mas sólida de la romería y tanto que abrumaban con su peso á media docena de bestias, que nos olvidamos de enumerar al dar cuenta de las que soportaban las humanidades del obispo y su secretario.

Tales animales no eran cuadrúpedos, sino los bípedos indígenas á quienes el cristianismo y la monarquía tornaron en bestias de carga en la época del coloniaje.

Sería inútil decir que no se echaba de ménos sino de mas, la cerveza peruana, la chicha, superior sin duda al espumante de Asti, al poner el de Orihuela pié en tierra en cada pueblo, para

dirijirse, bajo de páblio, á la casa parroquial, situada regularmente, en la plaza, en donde las *payas* se sucedían sin interrupción.

Estos bailes indios, vienen á ser un zapateo de Cadiz disimulado, cuya música (la de las *payas*) parece escrita por el renombrado maestro Pastilla, por la igualdad que la caracteriza, variando sin variar, como sucede con las sinfonías del profesor susoreferido, á quien, porque se remonta siempre á los cuernos de la luna, podemos llamar lunático, sin pretensiones de ninguna especie.

II.

Llegó el de Orihuela al curato de Oropesa y extrañó sobre manera que ni el párroco asomase las orejas uniformado de sobrepelliz, ni el sacristan llevara el palio de rito, ni comitiva alguna saliera al encuentro de tan mitrada persona. Su sorpresa subió de punto cuando, en plena plaza, palpó la carencia de *payas* y demas demostraciones de cajón.

Desmontó Su Señoría para montar en una de esas cóleras en que son fecundas las dignidades eclesiásticas, y con el hidrofóbico acento de los escritores insignes, cuando alguno osa no aplaudir en coro lo que dan á luz, porque no es onza de oro que gusta generalmente; con ese tono, repetimos, interrogó al primer indio que se le vino á las manos, demandándole por el domicilio del párroco: el infeliz chuncho satisfizo á la pregunta y guió á Su Señoría á la casa cural.

El Diocesano reprimía la ira que le bullía entre pecho y espalda y con un disimulo inverosímil levantó su diestra hasta la altura de los labios del Doctor Don Gaspar Luna Victoria y Alcántara, Cura Vicario de la Doctrina de Oropesa, Juez Eclesiástico, Examinador Sinodal de la Diócesis del Cuzco y Doctor en Sagrada Teología en la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, sujeto aventajado, de ciencia y conciencia, de noble alcurnia y colosal riqueza, uno de esos pocos varones que siguen la carrera del presbiterado por vocación y no como recurso infalible para conseguir fortuna por la la rejilla del confesionario, ni poner en práctica otras buscas sacrosantas, vg. hacer perdurable el mes de María.

—«Bienvenido sea Su Ilustrísima á este humilde rancho»—(fué todo el saludo del cura al obispo, acompañando la dición á la acción del ósculo en el enorme solitario).

—«Gracias, gracias, mi amado hijo en Jesucristo»—(fué la respuesta del obispo al párroco, uniendo el garabato de la bendición á las frases de cortesía obligada).

Mientras se cambiaban estos cumplidos en la sala de la casucha parroquial, los pongos se ocupaban, en el corredor, en desensillar las tucumanas episcopales.

La una y tres minutos de la tarde marcaba el gigantesco y antidiluviano reloj de encajonado péndulo, cuando tomaban asiento los recién venidos y el dueño de la casa.

III.

La conversacion rodó sobre las entradas del curato, incluyendo en ellas los productos de diezmos y primicias, ateniéndose Su Señoría á lo que el párroco le aseguraba *tacto pectore*, porque, en aquella época de inocencia y de felicidad, no se había descubierto aún la tenebría de libros, ni Arosemona y Gobin habían puesto en transparencia los misterios profundos de la partida doble.

Respecto á la alza y baja de nacidos, de falle-